

moteca que creo que hay que señalar. Por fin, un espectador puede ir a ver la película que le interesa sin necesidad de comprar un abono para una serie. Al precio de treinta pesetas se entra a ver una película y se va luego uno a su casa sin más preocupaciones. Bien. Lo que ocurre de momento —y esto se sabe que tiene prevista solución— es que las proyecciones son inesperadas; un día, de pronto, hay Filmoteca. Al día siguiente ya no. Si no se está al tanto, si no se compra todos los días algún periódico, se corre el riesgo de no enterarse uno de nada. Si esta situación está explicada por la dificultad de conseguir las copias, todo estaría explicado... si se explicara. Teniendo en cuenta que los ciclos han mejorado y que algún detalle «democrático» ha mejorado el panorama, confiemos en que los espectadores que se interesen por estas proyecciones puedan saber cuándo se realizan.

Existe, sin embargo, una cuestión breve pero extraña, que da a esta Filmoteca una personalidad irreplicable. Sin previo aviso se proyecta en ocasiones un cortometraje. Pasando por alto, de momento, la no necesidad de ese complemento y olvidando que su programación no se conoce hasta que se está dentro de la sala, lo que puede llegar a ocurrir es aún más raro. Si a usted no le interesa el cortometraje, tiene que quedarse en la sala y verlo sin rechistar, porque resulta que no se puede estar en ningún «hall» ni en ningún lugar a varios metros a la redonda.

Un espléndido día de junio y como acompañamiento a «La mujer de la playa», un Renoir de 1946, se nos ofreció una pellicula vieja como el tiempo y horrenda hasta el delirio. Se llama «La habichuela». Más de la mitad de los espectadores salieron a fumar un pitillo y esperar a que acabara el tormento. Pero, hete aquí, que un señor comienza a decir cosas raras: «Aquí no pueden estar ustedes. Méntense en la sala o llamo a un guardia». Tras discutir un poco con él se llegó al acuerdo de que la no breve cantidad de espectadores inteligentes de aquella tarde podía sentarse, pero muy callados. «Siéntense ahí y a callar», dijo aquel señor, que acabó por llamar al guardia y vigilar a los espectadores, sentados y mudos.

La anécdota no sólo es divertida, una Filmoteca, aunque se celebre en el local del Ministerio de Información y Turismo, no puede ser un lu-

gar sagrado donde no se puede rechistar. Ante todo, una Filmoteca es un lugar de trabajo. Y nadie puede estar obligado a tragarse lo que le echen, mucho más si se trata de un complemento que, evidentemente, prefigura una mentalidad filмотecaria de cine de la Gran Vía.

Seguramente estas cosas no ocurrirán más. Sería triste que la gente dejara de ir a la Filmoteca porque hay que estar «como en misa o llamo a un guardia». ■ D. G.

TEATRO

Un teatro gallego

No hace muchos meses nos ocupamos en las páginas de TRIUNFO de Castelao. Allí

fue el sitio oportuno para decir que Castelao era casi todo el teatro gallego, con haber escrito una sola obra dramática: «Los viejos no deben de enamorarse». Para los grupos teatrales a los que interesa el despertar de la cultura gallega, el desnivel existente entre los dramaturgos y los poetas de su tierra era casi desesperante. Numerosas razones históricas y sociales explican el por qué la poesía está tan por encima de la dramaturgia, pero ese no es consuelo a la hora de buscar un texto y proponerlo al público. La necesidad de romper la dicotomía aberrante entre un castellano para la televisión, el periódico, el cine o el teatro, y un gallego para andar por casa y por la calle, tal y como existe en los medios rurales de Galicia, se hace apremiante para estos grupos. Se trata, sin más vueltas, de que la gente de los pueblos tenga un teatro con su idioma «real», única forma de que el teatro sea un verdadero medio de

expresión y no una forma cultista y postiza. La ya honda y grave escisión que en España existe y ha existido a menudo entre lo «real» y lo «oficial» cobra aquí una especie de solidez objetiva, de corporeidad, por obra de esa escisión del idioma en dos, según las situaciones y el grado de intimidad en que se emplee. Uno, el castellano, sería el idioma «oficial», que no corresponde a una imagen de su mundo, sino a unas necesidades de comunicación utilitaria; otro, el gallego, sería el que, a través de las particularidades de su vocabulario, de su cadencia y de su construcción, expresaría la «realidad», no sé si un tanto oculta, del lugareño. No basta, pues, hablar a secas de bilingüismo, ni meter extemporáneamente en la cuestión determinados problemas sociopolíticos; el hecho básico es que, para que el teatro tenga en Galicia su verdadero sentido, es necesario que una parte de la comunidad gallega acceda a una dramaturgia ha-

blada en el lenguaje de su conversación familiar.

Partiendo de esta necesidad y de este vacío, con el dato de que ellos sí son personas de formación bilingüe, para las que el castellano puede ser tanto o más familiar —idioma de estudio y años de lecturas— que el gallego, el grupo Teatro Circo, de La Coruña, trabaja desde hace algún tiempo en la propuesta de un teatro gallego, textual y escénicamente válido. Un teatro gallego de hoy, que ni sea la simple traducción de dramas y formas que cuadran a otros momentos y lugares culturales de Europa, ni tampoco la mitificación de los rasgos autóctonos. A Madrid han venido, cuando acababa el II Ciclo del Nacional de Cámara y Ensayo, con «Croneca do sol de inverno», de Manuel de Lorenzo, que sigue a otros dos intentos en el mismo camino. Precisemos que Lorenzo es también actor del grupo y que su texto ha sido remodelado colectivamente.

Digamos, en seguida, que la representación de «Crónica del sol de invierno» fue una de las más serias y responsables de todo el ciclo. Se respiraban ciertas reminiscencias literarias, elementos de Valle y Castelao, aunque, a lo peor, esas reminiscencias las subrayábamos nosotros, deformados por la necesidad de simplificar los caminos de aproximación a cualquier realidad que no sea la inmediatamente nuestra. En todo caso, cierta iconografía tradicional, ciertas situaciones tipificadamente gallegas, dominaban en el espectáculo. Un espectáculo escenográficamente concebido con gran sensibilidad, aunque, a mi modo de ver, demasiado tímido, demasiado cerebral, sin utilizar con holgura los elementos implícitos en la elección del lenguaje escénico.

Considerada la totalidad de su trabajo, el grupo Teatro Circo no sólo ha parecido de lo más serio que ha pasado por el ciclo, sino también ha merecido la estimación a que su incidencia en los problemas de la cultura gallega le hacía acreedor. «Croneca do sol de inverno» es un espectáculo que citar y tener presente desde ahora cuando se hable de teatro gallego, aunque, como es lógico, el vacío que hay atrás tenga que notarse y la investigación conduzca a veces a cierta arqueología. ■ JOSE MONLEON.

RECOMIENDA

CINE MADRID

LOLITA, de Kubrick (Alexandra). TO BE OR NOT TO BE, de Lubitsch (Bellas artes). YELLOW SUBMARINE, de Dunning (California). LA CINA E VICINA, de Bellacchio (Gayarre-Infantas). TRISTANA, de Buñuel (Peñalver). LA BALADA DE CABLE HOGUE, de Peckinpah (Avenida). CON LA MUERTE EN LOS TALONES, de Hitchcock (Argüelles-Capitol-Monumental-Salamanca). EL GRAN GORILA, de Schoedsack (Tetuán). HISTORIAS DE TERROR, de Coman (Aragón). EL INDIO ALTIPO, de Reed (Carlos III-Consulado-Princesa-Roxy A-Victoria). LA LEYENDA DE LA CIUDAD SIN NOMBRE, de Logan (Paz). LA MUERTE LLAMA A LA PUERTA, de Harrington (Becerra). LA MUJER INFIEL, de Chabrol (Azul). LA OTRA CARA DEL GANGSTER, de Lewis (Florida). EL PEQUEÑO SALVAJE, de Truffaut (Cervantes). LOS PROFESIONALES, de Brooks (Madrid). QUEIMADA, de Pontecorvo (Ló-

pez de Hoyos-Lux-Montecarlo-Narváez). EL VALLE DEL FUGITIVO, de Polonsky (Pleyel).

BARCELONA

LOLITA, de Kubrick (Arcadia). FREUD, de Huston (Alexia). LAS TRES CARAS DEL MIEDO Y LA MASCARA DEL DEMONIO, de Bavá (Alexia). LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES, de Romero (Aragües). LOLA MONTES, de Ophüls (Publi). LA BALADA DE CABLE HOGUE, de Peckinpah (Tivoli). LA COLERA DEL VIENTO, de Camús (Waldorf). EL INFIERNO DEL WHISKY, de Quine (Virrey). LA LEYENDA DE LA CIUDAD SIN NOMBRE, de Logan (Arenas-Gayarre). ODIO EN LAS ENTRAÑAS, de Ritt (Liceo-Palacio del Cinema). PASION, de Bergman (Fémina). QUEIMADA, de Pontecorvo (Coliseum). LA ULTIMA CARGA, de Richardson (Miami). EL VALLE DEL FUGITIVO, de Polonsky (Bretón-Mahón-Maldá). ¡VIVAN LOS NOVIOS!, de Berlanga (Diana). YA ERES UN

GRAN CHICO, de Ford Coppola (Savoy).

LIBROS

DESASTRE EN CARTAGENA, Luis Romero (Ariel). UNA TUMBÁ, Juan Benet (Lumen). RELATOS, Max Aub (Taurus). FICCIONES, Jorge Luis Borges (Alianza Editorial). LA LITERATURA Y EL MAL, G. Bataille (Taurus). OPERACIONES POÉTICAS, G. Celaya (Visor). UN REALISMO DEL SIGLO XX, R. Garaudy (Siglo XXI). DE LO RURAL A LO URBANO, H. Lefebvre (Península). LITERATURA Y ARTE NUEVO EN CUBA, Barnet, Carpentier, Cortázar (Estela). CATALUÑA, Antonio Figueuerola (Guadiana). LOS JUDEO-CONVERSOS EN ESPAÑA Y AMÉRICA, A. Domínguez (Istmo). EL AZAR Y LA NECESIDAD, J. Monod (Barral). LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL, R. Williams (Península). «JAZZ» DE HOY, DE AHORA, Miguel Sáenz (Siglo XXI). LA CIVILIZACION DEL DESPERDICIO, Sáenz-Díez (Dopesa).